

LA ALEGRÍA

INTRODUCCIÓN

<<La alegría del evangelio llena el corazón y la vida entera de los que se encuentran con Jesús. Quienes se dejan salvar por Él son liberados del pecado, de la tristeza, del vacío interior, del aislamiento>> (EG 1).

Estas palabras del Papa Francisco nos hacen comprender la importancia de este término en la tercera semana del adviento. Una palabra que quizás se ha desvirtuado con el paso del tiempo y se ha reducido a una emoción efímera producida por la fiesta y el jolgorio, o construida por la propia persona para esconder el vacío interior.

Sin embargo, la alegría es un sentimiento que expresa el regocijo interior de aquel que se ha encontrado con Dios en su vida. Ésta se hace visible en el evangelio de la visitación mediante el encuentro de dos mujeres que han experimentado la gracia de Dios de forma extraordinaria. María e Isabel son conscientes de que sin la obra de Dios en sus vidas nada podría haber sido posible. Por eso tienen que manifestar esa gracia recibida en signos y palabras.

El himno del *Magnificat* pone de manifiesto este sentimiento de un corazón sencillo que celebra la gracia de Dios que ha irrumpido en la historia personal y comunitaria, en la vida de María y del pueblo de Israel, y se abre a la humanidad entera de todos los tiempos que tiene que proclamar las maravillas de Dios que opera constantemente en la vida de las personas.

La alegría es experiencia de un Dios que siempre cumple sus promesas, pero a su modo, no al nuestro. De ahí que tengamos que cambiar nuestra mirada de fe, de una fe que quiere respuestas inmediatas a una fe que espera. Dios no actúa al modo de los hombres, sino de forma silenciosa, como la semilla que crece sin hacer ruido hasta que se convierte en árbol.

Únicamente el que es pobre y limpio de corazón (cfr. Lc 6, 20) es capaz de reconocer la grandeza de un Dios que se abajó en Navidad para salvarnos. La certeza de que Dios nos ama infinitamente nos impulsa a proclamar ante los demás, no solo con palabras, sino con obras, que la felicidad eterna se palpa ya aquí en la tierra.

Por eso, la Navidad es tiempo de **nacer** de nuevo a la **vida** plena que nos da Jesucristo, para **dar** a los **demás** la Palabra que cambia la propia existencia.

VISITACIÓN DE MARÍA A ISABEL (LC 1, 39-56)

M
A
R
Í
A

39. En aquellos días, se levantó María y se fue con prontitud a la región montañosa, a una ciudad de Judá; 40. entró en casa de Zacarías y saludó a Isabel. 41. Y sucedió que, en cuanto oyó Isabel el saludo de María, saltó de gozo el niño en su seno, e Isabel quedó llena de Espíritu Santo.

I
S
A
B
E
L

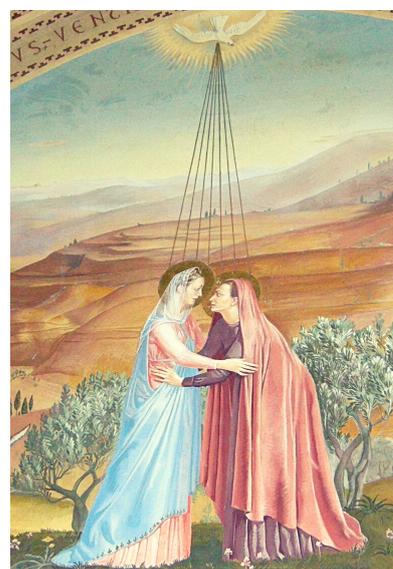
En la Anunciación el ángel Gabriel indica a María que el embarazo de su pariente Isabel es la certeza de que Dios es capaz de hacer obras grandes más allá de los proyectos humanos: *Mira, también Isabel, tu pariente, ha concebido un hijo en su vejez, y este es ya el sexto mes de aquella que llamaban estéril* (Lc 1,36).

María, feliz por el embarazo de Isabel, se pone en camino para ponerse a su servicio. No sabemos con precisión el cuándo ni el donde. Es posible que tras la anunciación María marchara, sin la compañía de José, a casa de Isabel, con la que, según Lucas, permaneció 3 meses.

Tampoco sabemos de forma concreta cuál fue el lugar del encuentro. La tradición sitúa el lugar de la Visitación en Ain Karim, cerca de Jerusalén, a unos 6'5 km.

En uno de los cuadros del interior de la Iglesia de la Visitación encontramos reflejado ese encuentro. Lo importante no es ni el cuándo ni el dónde, sino el cómo, es decir, el encuentro. El encuentro es el lugar propicio de la manifestación de Dios a través del amor, realizado a través del Espíritu Santo. Éste se hace presente en un saludo que se convierte en signo futuro. El salto de Juan en el seno materno adquiere un valor simbólico, como precursor del Mesías, a partir del cual su madre se llenará del Espíritu para pronunciar una profecía.

La visita de María a Isabel, que culmina con el himno del *Magnificat* es el relato del evangelio de Lucas que une los anuncios de los nacimientos de Juan y Jesús, y sus nacimientos.



42. y exclamando con gran voz, dijo: «Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu seno; 43. y ¿de dónde a mí que la madre de mi Señor venga a mí? 44. Porque, apenas llegó a mis oídos la voz de tu saludo, saltó de gozo el niño en mi seno. 45. ¡Feliz la que ha creído que se cumplirían las cosas que le fueron dichas de parte del Señor!»

■ La exclamación final nos transmite un mensaje lleno de emoción y sentimiento. Es un halago a María por su actitud de obediencia a Dios. El sí de María la hace bienaventurada por su acogida de la voluntad de Dios.



- "Voz que grita en el desierto" es el calificativo, tomado del profeta Isaías, que los evangelistas dan a Juan. La voz que grita es la de aquel, en este caso aquella, que va a transmitir una profecía para todos.
- Isabel reconoce en María a la madre del Salvador. Con este primer saludo Isabel señala a María como la más bendita de todas las mujeres, debido a que llevaba ya en su seno al Salvador.
- En el comienzo de la predicación de Juan nos encontramos con la oración "viene el que es más fuerte que yo, y no soy digno de desatarle la correa de sus sandalias. (Lc 3, 16). Podemos hacer aquí un parangón con su madre. Isabel siente la misma indignidad ante la presencia de alguien que es más que ella y que lleva en su seno al Señor de la historia.

PROFUNDIZA...

El encuentro de María con Isabel, encuentro lleno por una parte de reconocimiento mutuo, de la alegría por la maternidad de ambas, de alabanza jubilosa al Dios autor de tanta maravilla, eclosiona por otra en el nunca bien ponderado Canto del Magnificat por parte de María, que se plasma y expresa en un exultante canto de esperanza.

María anuncia: "desde ahora todas las generaciones me llamarán bienaventurada" a lo largo de la historia al ir reconociendo, sucesivamente, "las grandes cosas" (*megalá*) que Dios hizo en ella. Anuncia igualmente de cara al futuro, que, en definitiva, los soberbios, los poderosos y prepotentes según el mundo, no serán los definitivos vencedores de la historia. Anuncia, en definitiva, que la historia no tiene un horizonte cerrado, oscuro y negativo, sino un porvenir abierto y positivo según el Proyecto de Dios: en definitiva, un horizonte de esperanza. [...]

El inicio de la maternidad es siempre, particularmente para la propia madre, un punto indiscutible de ilusionada esperanza. En el caso de Isabel la maternidad desembocará en un niño, que "irá delante del Señor a preparar sus caminos" (Lc 1, 76). En el de María la maternidad desembocará en Jesús, que venía a ser "luz para alumbrar a todos los pueblos y gloria del propio Israel" (Lc 2, 32). En ambos casos, una misión de esperanza.

Antonio María Calero. *Nuevos escritos marianos III*. (2017)

REFLEXIONA...

- ★ **¿CÓMO VIVO LA ALEGRÍA DEL EVANGELIO?**
- ★ **¿EN QUIÉNES O QUÉ COSAS PONGO MI ESPERANZA?**
- ★ **¿CÓMO ES MI RELACIÓN CON MARÍA?**



Visitación(1517)
Rafael Sanzio

LA PALABRA DEL PAPA...

Sin alegría permanecemos paralizados, esclavos de nuestras tristezas. A menudo el problema de la fe no es tanto la falta de medios y de estructuras, de cantidad, tampoco la presencia de quien no nos acepta; el problema de la fe es la falta de alegría. La fe vacila cuando se cae en la tristeza y el desánimo. Cuando vivimos en la desconfianza, cerrados en nosotros mismos, contradecemos la fe, porque, en vez de sentirnos hijos por los que Dios ha hecho cosas grandes (cf. v. 49), empequeñecemos todo a la medida de nuestros problemas y nos olvidamos que no somos huérfanos. (Papa Francisco 31 de mayo 2019)